

LA CARBONERÍA DE LA CALLE CRUZ EN ALCANTARILLA
(MURCIA), HISTORIA DE UN NEGOCIO FAMILIAR

Carmen Mª Cerdá Mondéjar

Universidad de Murcia

<https://orcid.org/0000-0003-2865-1801>

A la familia Cerdá Garrido, una familia de carboneros

Resumen: El presente estudio tiene como objetivo por una parte dar a conocer y poner en valor el oficio ya casi desaparecido de carbonero, como productor y vendedor del carbón y por otra, significar la importancia de la profesión, tanto económica como social, en Alcantarilla hacia mediados de los años cincuenta del siglo pasado, donde la figura del carbonero se convirtió en un oficio imprescindible como abastecedor de calor en muchas cocinas y en los fríos meses de invierno. En este trabajo se recoge además la experiencia de la propia autora, hija de carbonero, a partir de la reconstrucción de la trayectoria histórica de su familia.
Palabras clave: carbonero, oficios, carbón, Alcantarilla, familia, historia.

Abstract: This study aims on the one hand to recognition and enhance the value of the now almost disappeared trade of coalman, as a producer and seller of coal and, on the other hand, to emphasize the importance of the profession both economically and socially, in Alcantarilla in the mid-fifties of the last century, where the figure of the charcoal burner became an essential trade as a supplier of heat in many kitchens and in the cold winter months. This research also includes the author's own experience, coalman's daughter, based on the reconstruction of his family's historical trajectory.
Keywords: coalman, trades, charcoal, Alcantarilla, family, history.

Entre finales de abril e inicios de mayo de 2017 se presentó en el Centro Cultural Infanta Elena del municipio murciano de Alcantarilla una exposición basada en los antiguos oficios del pueblo. La exposición, organizada por José Riquelme Marín y Juan Cánovas Orcajada, comprendía una primera parte de un trabajo realizado sobre los antiguos oficios artesanales que tan importantes fueron y que tanto contribuyeron en la vida de los alcantarilleros y alcantarilleras¹.

El recorrido de la exposición planteó una aproximación a los diferentes y variados oficios que en el pueblo se desempeñaban; por orden alfabético, la lista comprendía: afilador, aguador, alpargatero, aperador, arriero, barbero, botijero, «busano de la sea», carbonero, colchonero, comadrona, constructor de carros, constructor de chimeneas, costurera, droguero, encajera-bolillera, herrero, hilador de esparto, hilero, horchatero, labrador, lañador y paraguero, lechero, leñador-leñero, limpiabotas, operadora de telefonía, pregonero, recovero, repartidor de hielo,

¹La segunda y tercera parte de la exposición se celebró en 2020 y 2023 respectivamente, dedicándose cada edición a distintos oficios antiguos en los que la figura del carbonero ya no estaba presente. Sobre antiguos oficios olvidados en Murcia, ver Marín Mateos, 2015.

retratista minuter, romanero, sastre, tabernero, talabartero, tejedor artesano, tonelero, torraero, yerbero, yesero, zapatero. Y, como última alusión, la petición navideña del aguinaldo por parte de todos aquellos que prestando su trabajo durante el año, aprovechaban tales fechas para entregar una vistosa tarjeta de felicitación y buenos deseos, a cambio de una escasa peseta o algunos céntimos (Figura 1).



Figura 1. Anverso y reverso de diferentes tarjetas de felicitación navideña del Carbonero fechadas entre los años 1940 y 1960. Fuente: Archivo-Colección miguelisellos.

Este trabajo pretende recuperar la historia de uno de esos oficios en el pueblo de Alcantarilla, el de carbonero. Y como la historia no es ajena a la memoria, procura también rescatar la trayectoria histórica de un negocio y de una familia de carboneros, la mía, como cariñoso recuerdo y sincero homenaje.

De carbón y carbonero

Las primeras noticias sobre el uso del carbón son muy escasas. Su producción, asociada mayormente a su empleo como combustible doméstico, se remonta a tiempos inmemoriales. Quizá, de hecho, fue uno de los primeros materiales utilizados casi al tiempo que el fuego, pues de las brasas de la madera carbonizada quedaría el residuo de un rudimentario carbón vegetal.

En la cueva de La Covaciella en Asturias las pinturas rupestres paleolíticas magdalenienses, con una antigüedad de 14.000 años, representan varios bisontes pintados con carbón vegetal en un estado de conservación excepcional (Menéndez Díaz, 2012). También se han encontrado flechas con una antigüedad de más de 3.000 años a.C. cuyas puntas de piedra están sujetas al astil con alquitrán de madera procedente de un proceso de carbonización (Kollmann, 1959).

Asimismo, y por su porosidad, se empleaba como un adsorbente médico ya en el antiguo Egipto siendo recomendado posteriormente por el griego Hipócrates como filtro para el agua y prevención de enfermedades². Igualmente, Aristóteles refiere en sus escritos, al tratar de la materia, una roca similar al carbón vegetal. Además, en época romana se han conservado algunos escasos vestigios en yacimientos ingleses sobre su utilización como combustible fósil y según cita Plinio también se utilizaba para calentar las naves. Curiosamente Marco Polo relata que en sus viajes a China conoció lugares donde se hacía fuego con una piedra negra que ardía como la leña, pero con mayor poder de combustión y que se apagaba al día siguiente.

Otro uso fundamental del carbón ha sido su utilización en la metalurgia, pues para fundir minerales como el hierro se requieren altas temperaturas que la madera no puede alcanzar por sí sola. El carbón vegetal obtenido de la madera y otros residuos contiene un alto porcentaje en carbono, casi un 80% y presenta unas características propias, es un producto sólido, frágil y poroso, cuyo poder calorífico puede llegar a alcanzar los 35.000 kg (cantidad de calor generada por kilo o metro cúbico). Además, el carbono del carbón vegetal actúa como reductor de los óxidos del metal que forman los minerales y así, aplicando la técnica adecuada, dicho carbono podía mezclarse con el hierro dando lugar al acero, mucho más resistente y duradero; elemento fundamental en la fabricación de armas y herramientas de todo tipo. También, otro empleo tradicional ha sido su uso para la fabricación de pólvora.

Sobre el carbón y la figura del carbonero existe además toda una tradición mitológica que en cada país adopta signos propios. Muy conocida es la creencia

² De hecho, el carbón activo o activado se utiliza en la actualidad para la purificación de líquidos y gases, en casos de intoxicación, clarificación de jarabe de azúcar, purificación de glicerina y extracción de metales como por ejemplo el oro. También en la industria textil se emplea para la fabricación de plantillas y ropa de caza. Su administración en personas por vía oral está recomendada para tratar intoxicaciones agudas por sobredosis de medicamentos o ingestión de productos tóxicos en niños de cualquier edad y adultos, como tratamiento sintomático de procesos diarréicos y como alivio sintomático de los gases (aerofagia, meteorismo, flatulencia), e incluso como remedio contra el mal aliento y como compuesto añadido a la sal negra, una nueva delicatessen culinaria.

de que en Navidad los Reyes Magos dejaban carbón, en lugar de juguetes, a los niños y niñas que durante el año no habían tenido un buen comportamiento; era una inocente burla en tanto dejaban un presente simple, sucio y oscuro que podía encontrarse en la chimenea de cualquier hogar. Con el tiempo se varió el material por carbón dulce para azucarar la práctica, aún sin dejar de recordar la necesaria buena conducta. El origen de esta tradición, según la leyenda, parece estar en el Carbonilla, un paje de los Reyes Magos, posiblemente de Baltasar, encargado de vigilar a los niños durante el año y valorar su proceder. Era él en los inicios quien visitaba a los niños para dejarles el carbón. Otra interpretación es que en un primer momento los regalos navideños de los Reyes Magos se limitaban a necesidades de la vida cotidiana y en este caso, el carbón era un bien básico. Melchor regalaba ropa y zapatos, Gaspar golosinas, requesón, miel y frutos secos y Baltasar, negro a la sazón, repartía carbón y leña.

En el norte de España, en Navarra y País Vasco y en el País Vasco francés, en el departamento francés de los Pirineos Atlánticos, se conoce la figura del Olentzero, un carbonero mitológico de la tradición navideña vasca que traía los regalos el día de Navidad. Su origen se halla en la zona de Lesaka, en Navarra. El personaje se representa como un hombre grande y grueso, desaharrapado y sucio de carbón que fumaba en pipa y al que le gustaba mucho comer y beber vino. Su singular característica es que vivía aislado de la sociedad en las montañas y bosques donde se dedicaba a producir el carbón vegetal; su carácter era huraño y no le gustaban nada los niños. La interpretación más extendida sobre su origen es que es anterior a la cristianización de Navarra y que, como indica el historiador Claude Labat (2004) «el personaje de Olentzero debe ser ubicado dentro de las celebraciones del solsticio de invierno», el fin de un período y el recibimiento de un nuevo tiempo simbolizado en el renacer de la naturaleza y el sol. Así, por tanto, el material con el que trabaja, el carbón, implica transformaciones naturales y tránsitos en su estado, desde su fabricación hasta su quema última tras su uso. El carbón se apaga tras la cena, hasta la mañana siguiente; el carbón se consume lentamente durante la noche, tras calentar el hogar y marca el inicio a un nuevo día, el paso de una jornada que acaba, a otra que comienza. El cristianismo adoptó muchas de estas creencias locales y de este modo, el carbonero Olentzero incorporó elementos de las tradiciones de los Reyes Magos y posteriormente de Papá Noel/ Santa Claus convirtiéndose en un personaje que ahora adoraba a los niños (por sincretismo con la adorable figura del niño Jesús), a los que obsequiaba con regalos el día de Navidad.

También en Italia existe la leyenda de la bruja Befana, figura típica del folclore, a quien los Reyes Magos tras preguntarle el camino hacia Belén la invitaron a ir como guía y compañera. Ella les regaló dulces, pero se negó a acompañarlos y tras arrepentirse de su acción, su castigo consistió en buscar eternamente al niño Jesús en cada casa, dejando regalos en los calcetines de los niños y niñas buenos y carbón, como castigo, en los de los niños y niñas que no habían sido obedientes.

Con todo, más allá de tradiciones, mitos, cuentos y leyendas, ha sido la de carbonero, sin duda, una profesión dura, que requería gran esfuerzo y dedicación, pues durante la elaboración del carbón no había tiempo para el descanso ni el sueño; el horno precisaba de una vigilancia constante y continua.

La construcción del horno para la obtención del carbón vegetal era sencilla pero exigía de un buen conocimiento de la madera y los procesos de quema. Sobre un claro que se despejaba cuidadosamente de pequeñas hierbas y arbustos, se levantaba, con piedras, un pequeño muro circular. Seguidamente, se talaban los árboles cercanos, mayoritariamente encina, pino o romero y brezo, se les quitaba la corteza, se cortaban las ramas y se limpiaban de hojas. La madera utilizada, de variado tamaño y grosor, procedía también de otras operaciones selvícolas como el clareo y la poda, necesarios para el equilibrio de las masas forestales. Todo se aprovechaba entonces. No sin razón decía mi padre de los carboneros que eran los auténticos «limpiadores de bosques». Los carpinteros se llevaban los árboles limpios, y las ramas, sin hojas, eran troceadas y se apilaban en forma cónica sobre el claro, dejando una pequeña chimenea en su parte central (Figura 2).



Figura 2. Vista del montaje de un horno para hacer carbón en Badajoz (Extremadura). En la parte delantera la madre de la autora, Carmen. Fuente: Archivo familia Cerdá Mondéjar.

A continuación, el horno se tapaba con hojas, ramas finas y tierra y se hacían varios orificios a los lados que servían para regular la combustión e iniciar el proceso de carbonización que daría lugar al carbón vegetal como un residuo sólido. Esto era una carbonera, «un curioso túmulo que solía alcanzar dos o tres metros de altura» (Martí Cebrián, 2013). Tras un proceso lento y de cambios químicos, que solía durar entre tres y cuatro días, la carbonera se ahogaba y se dejaba otros días para que enfriase el carbón ya formado y proceder a su envasado, traslado y posterior venta.

Ciertamente, obtener beneficios de los recursos naturales ha sido y es una constante del desarrollo económico del hombre sobre la tierra. En este caso el carbón es un recurso limitado, pero necesario en cuanto a explotación por el aprovechamiento y empleo de la materia prima utilizada en su producción. Así apunta Marcos Martín:

Estos beneficios contribuyen a revalorizar ecosistemas de un gran valor ecológico como es la dehesa de bosque mediterráneo [de este modo] llegamos a la conclusión evidente de que toda actividad que obtenga beneficios económicos y revalorice estos ecosistemas adquiere importancia y debe ser estudiada. El carboneo es una de estas actividades. La defensa equilibrada de ecosistemas que contribuyen al «desarrollo sostenido» es un hecho señalado por los principales ecólogos actuales (1989, p. 13).

De este modo, el uso del carbón vegetal en nuestro país ha sido, al menos hasta la década noventa, un procedimiento fundamental, tanto en el aumento o, al menos, mantenimiento, de las dehesas mediterráneas que para su sostenimiento requerían un número variable de renuevos, que en un futuro serían los árboles productivos. Dichas operaciones culturales de poda y sobre el suelo, se ocupaban de mantener la formación arbórea en la densidad y forma precisas, haciendo compatible el aprovechamiento de frutos, con el de los pastos, caza e incluso el agrícola, en suelos fértiles.

Todo ello contribuía sin duda, y de forma realmente sostenible y ecológica, al cuidado y conservación de la dehesa, tan antigua como el carboneo. Además, en el proceso, la leña menuda y montones de ramas finas se aprovechaban y utilizaban también para hacer cisco, cuya buena producción, realizada por auténticos carboneros, se basaba en la quema lenta y apagado en el momento oportuno.

La familia Cerdá Garrido, una familia de carboneros

Carboneros por sucesión, por legado o por imposición fue el oficio de la familia Cerdá Garrido. Originarios de Vallada, pequeño municipio valenciano con importante tradición en el trabajo del mimbre y del carbón vegetal, la familia se componía de ocho miembros entre los que se encontraban el abuelo Enrique, la abuela María y sus seis hijos, de mayor a menor: María, Carmen, Lola, José Bernardino, Manuel Salvador e Isabel.

En Vallada iniciaron su negocio, primero haciendo ellos mismos el carbón en hornos contruidos en la sierra próxima de la comarca de La Costera, como un oficio transmitido de generación en generación siendo el abuelo Enrique y dos de sus hermanos, Rafael y Emilio aún niños y después, comprándolo a los carboneros

que lo fabricaban igualmente en hornos naturales³. Eran tiempos en que las sierras y montañas se hallaban pobladas de encinas, hayas, pinos y grandes matorrales, bosques de los cuales solo quedan, en la actualidad, pequeños reductos (Figura 3).



Figura 3. Escultura homenaje al Carbonero en Vallada (Valencia) situada en Avenida dels Molinets. Fuente: Archivo familia Cerdá Garrido.

Fueron bastantes los carboneros valladinos, y muchos, de la extensa familia. En Vallada el carbón se vendía en el pueblo, a los vecinos, aunque también llegaban compradores de pueblos próximos como Xàtiva, L'Alcúdia, Montesa, Moixent... Eran los primeros años de la posguerra, años muy duros, años de crisis económica y social, con profundas divisiones internas a nivel ideológico. Un tiempo marcado para la mayoría por el silencio, por el miedo, por la penuria, la autarquía, el estraperlo, el hambre y el exilio. Gentes esclavos y esclavas del campo, del mar, de la mina, que luchaban por sobrevivir en un país empobrecido económica, social, cultural y políticamente.

En este contexto y aún más en el pequeño pueblo valenciano, la venta del carbón no era suficiente para mantener a la familia; había que ganarse la vida por otros

³ Cabe indicar que en este caso como proceso de fabricación nos referimos en todo momento al carbón vegetal, pues como bien es sabido el carbón mineral, también con alto poder calorífico y utilizado como fuente de calor y en fraguas, se extrae en minas de las profundidades del subsuelo. Este tipo de carbón se forma por la descomposición de recursos naturales y vegetales que se encuentran en las profundidades de los pantanos y lagunas. Debido a la presión de las rocas sedimentarias que van aumentando su dureza se produce un proceso de carbonización que crea depósitos de carbón mineral. Durante siglos ha sido utilizado como generador de electricidad y como combustible para la industria. A diferencia del carbón vegetal, el mineral es un recurso limitado y muy contaminante que en la actualidad está siendo sustituido por otras fuentes de energía como el gas o las renovables.

medios. Las mujeres trabajaban el mimbre. La abuela María, junto a sus hijas mayores, María, Lola y Carmen, hacían cestas por encargo para poder obtener algo de dinero a cambio, pero había muy poca vida, se hacía necesario emigrar hacia otras zonas más prósperas y con mayores posibilidades de trabajo. Poco a poco los carboneros fueron abandonando el pueblo y se fueron desplazando por Alicante y Elche, unos a Cocentaina, otros a San Vicente del Raspeig y San Juan de Alicante, el tío Emilio a Benidorm; también por Murcia, donde se establecieron Salvador Colomer en la calle Cartagena y la familia Cerdá Garrido en el municipio de Alcantarilla.

La carbonería de la calle Cruz en Alcantarilla, historia de un negocio familiar

En el mes de febrero del año 1950, concretamente el día 2, día de La Candelaria, se instalaba en la calle Cruz número 43 en Alcantarilla la familia Cerdá Garrido, una familia de carboneros. Con su carro y sus escasos enseres llegaron todos, menos la pequeña Isabel que nacería ya en el pueblo (Figura 4).



Figura 4. Fotografía de la familia Cerdá Garrido, hacia 1954. Fuente: Archivo familia Cerdá Garrido.

Alcantarilla era por estos años un municipio en expansión, con una importante industria conservera bien asentada, varios negocios más y una población en auge. Por citar algunas cifras, en el registro de matrícula de la contribución industrial del año 1960, con datos de 1959, se recogen un total de 425 actividades comerciales en el municipio, que recaudaban un total de 596.488,27 pesetas (C-2380, E-9, AHMA), cifra nada desdeñable para la época, muestra de una intensa y dinámica actividad comercial.

La industria conservera en la villa, asentada desde 1897, configuró a Alcantarilla como un núcleo industrial puntero⁴ pues, junto a su producción agrícola, se hallaba su privilegiada localización dentro de los ejes de comunicación entre Levante y Andalucía y entre el interior de la Región y la costa. Esta situación, unida a la instalación del ferrocarril, que irá ampliando progresivamente sus vías, provocó una afluencia de población inmigrante de zonas próximas e incluso de la capital, que aceleraron el proceso de transformación del pueblo ante la demanda de edificación de nuevas viviendas para alojar a la población que acude a trabajar en las fábricas instaladas dentro del propio casco urbano⁵ (Cascales López, 2011 y 2019). El proceso de crecimiento demográfico, importante ya desde principios del siglo XX, se intensificó en estos años, sobre todo a partir de los cuarenta y cincuenta. A ello contribuyeron la introducción de mejoras higiénicas, la transformación en ciudad dormitorio de la capital, la ampliación de las instalaciones militares y el aumento constante de viviendas, que llegaría a su máximo apogeo con la especulación constructiva de los sesenta y setenta⁶, que abogó por construcciones en altura en detrimento de la pérdida del rico patrimonio inmueble existente (López Sánchez y Griñán Montealegre, 2004, p. 181).

Junto a la conserva y como sector auxiliar a la misma por la fabricación de embalajes para la exportación y comercialización de frutas y conservas, la madera mantuvo también un auge importante. Destacaron las fábricas de Pérez Almagro, Galindo, Pepe López y Martínez y Salcedo. La cerámica destacó igualmente como una industria representativa en Alcantarilla, debiendo citar la de Esteban Romero y Jesús Galindo. También conocidas fueron la fábrica de Orujo, jabones Pagán, talleres Comain y Vigaceros, dedicada a la fabricación y fundición de maquinaria y herramientas. Otro ejemplo importante fue el de Furfural S. A., primero como industria de secado de pimiento verde y molino harinero, y hacia 1952 tras cambiar de propietarios, dedicada a actividades de derivados químicos (Sánchez Riquelme,

⁴La fábrica de conservas vegetales de Juan Esteva Canet fue la primera industria conservera en Alcantarilla y una de las pioneras en la Región de Murcia. En 1897, Juan Esteva, hijo del industrial mallorquín Antonio Esteva Oliver instaló en Alcantarilla su fábrica de dulces y conservas de fruta, principalmente de albaricoque. Primero, en un local provisional en la carretera de Lorca en un edificio denominado «posada de Pérez» y posteriormente, en la carretera hacia Murcia. La decisión de establecerse en la localidad se debió a varias razones, entre ellas, su buena ubicación, el ferrocarril y la proximidad y calidad de la producción de albaricoque búlida. La chimenea industrial de la fábrica instalada en 1907 fue la primera construida en el municipio. A esta primera fábrica siguieron Nicolás Gómez Tornero (Ibáñez), Florentino Gómez Tornero, Champagnes y Frères (Hero), Pedro Cascales Vivancos, Salas, Navarro y Verdú (Cobarro), Manuel Hernández Muñoz, Juan Antonio López Martínez (Hernández Pagán), Francisco González González (Gambín), Jesús Caride Lorente, Familia Pellicer y Diego y Ginés Silla Carrillo en 1957 (Cascales López, 2019). La enumeración es muestra clara de la pujanza de la industria conservera en el municipio.

⁵ Este hecho es relevante, pues hasta la ampliación del término municipal por la parte del Polígono Industrial Oeste en 1987 por la Comunidad Autónoma, todas las fábricas estaban instaladas en el pueblo con lo cual la demanda de trabajo de la población residente era muy alta.

⁶ El III Plan Nacional de Vivienda del gobierno de Franco desarrollado entre 1961 y 1975 llevó a cabo la construcción de aproximadamente cuatro millones de viviendas en todo el país. Entre 1960 y 1980 el número de viviendas familiares de protección oficial se duplicó, pasando de 7,7 millones en 1960 a 10,6 en 1970 y 14,7 a inicios de los años 80.

2022, 275-276). Claramente, la elección del municipio por parte de la familia Cerdá Garrido como lugar para instalarse y fundar el negocio de la venta de carbón quedaba plenamente justificada. Las esperanzas e ilusiones, unidas al trabajo duro de la familia, comenzaron a arraigar en el pueblo.

La casa, primera de la calle Cruz a la que accedieron mediante alquiler, tenía dos plantas independientes y era bastante grande, pues la parte trasera, con un gran patio, alcanzaba a la calle Losas. La familia únicamente ocupó la planta baja y el almacén anexo, que se utilizó para almacenar el carbón destinado a la venta. El almacén también tenía planta alta con vivienda, donde residía una familia que sostenía un negocio de lámparas en la cercana y céntrica calle Mayor (Figura 5).



Figura 5. Vista de la calle Cruz, ahora con edificio de dos plantas, donde se instaló la familia Cerdá Garrido. A la derecha, la casa y el local en bajo donde se abrió la carbonería. Fotografía de 1984 por Fotos Rogelio. Fuente: AHMA.

En aquel pequeño almacén se instaló el negocio. Sin embargo, para las fechas únicamente hay constancia de la venta de carbón por parte de la compañía de maderas de Ángel Galindo, que la registra como actividad económica hacia el año 1951 (matrícula actividad industrial 1951 C-2319, E-6 AHMA) y de José Pérez Almagro que se anota como «especulador de carbón», entiéndase «negociante», tanto en el registro de la contribución industrial de 1950, como en el de 1951 (matrícula actividad industrial 1950, C-2319, E-15, matrícula actividad industrial 1951, C-2319, E-6 AHMA). José Díaz Franco aparece igualmente en el alta de matrícula del año 1951 con la actividad de «aglomerados de carbón».

En el año 1953, el 9 de septiembre, se registra el alta en la contribución industrial con domicilio en la calle Cruz de Enrique Cerdá Gozávez. En el apartado profesión se anotan dos actividades: «comestibles» y en otro epígrafe, el oficio de «carbón

al por menor» (matrícula actividad industrial 1953-1955, AHMA). En cuanto a la venta de alimentos, recuerda M. Salvador en una entrevista, que durante un breve período de tiempo habilitaron la entrada de la vivienda de la calle Cruz, anexa al almacén, como negocio de comestibles. Lo cierto es que en el año 1955 y 1957 las cosas no iban mal, pues incluso la familia de carboneros abona una pequeña cantidad para dar publicidad al negocio de la venta del carbón en las revistas editadas por el pueblo en las fiestas de Semana Santa. De hecho, en el registro de 1960 la actividad económica de alta aparece anotada únicamente ya como venta de carbón (matrícula de contribución industrial 1960, C-542, E-34, AHMA) (Figura 6).

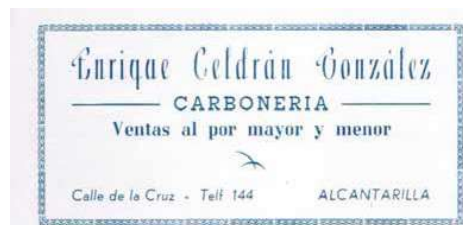


Figura 6. Cartel publicitario publicado en la Revista de Semana Santa del año 1955. Fuente: Revista de Semana Santa, AHMA.

El carbón para la venta procedía entonces de Extremadura y también, el de pino carrasco, se traía desde Moratalla. Todo a granel, es decir, sin empaquetar. Ayudados de palas y con la fuerza de sus brazos, el abuelo Enrique y su hijo, Manuel Salvador, casi un niño⁷, envasaban el carbón en capazos y seras que disponían en el carro para proceder a su reparto y venta. Desde la calle Cruz iniciaban su recorrido por el pueblo llamando a los vecinos a viva voz, que con sus puertas abiertas escuchaban el aviso del carbonero. Además de Alcantarilla, también vendían carbón por los pueblos próximos de La Nora, Era Alta, Puebla de Soto, Javalí Nuevo, Javalí Viejo, Sangonera la Seca e incluso Librilla donde con el burro y el carro cargado desde la madrugada, recorrían los escasos 15 kilómetros de distancia en un tramo que ocupaba casi toda la jornada. A veces, en los recorridos largos iban acompañados de otros comerciantes de salazones que también se dedicaban a la venta ambulante.

La figura del carbonero llegó a ser muy típica en el pueblo, junto a su ennegrecido carro, esperando que las vecinas, casi todas mujeres, salieran a la calle para comprar

⁷ Respecto a la escolarización de los menores, aún siendo obligatoria hasta los 14 años, no era todavía para estas fechas una práctica social cotidiana asumida por todas las familias. El trabajo primaba, sobre todo para los hijos más mayores y para las familias más humildes, en las que a todos los miembros se les requería para contribuir en la economía doméstica. Esta situación se agudizaba aún más en las zonas rurales. La asistencia obligatoria y habitual a las aulas constituye un fenómeno social y educativo casi contemporáneo, que se generalizaría en nuestro país en la segunda mitad de la década de los setenta (Viñao Frago, 2004, p. 233).

el carbón. El carbón se vendía por kilos, según lo que cada cual quisiera, se pesaba con la romana y se depositaba bien en cubos, cestas o cualquier otro recipiente. Pronto se empezó a vender en bolsas de papel de estraza de un kilo y a comercializarse en algunas pequeñas tiendas de la localidad, sin rótulo todavía, ni marca comercial (Figura 7).



Figura 7. Báscula, balanza y romanas antiguas con las que se pesaba el carbón para venderlo. Fuente: Archivo familia Cerdá Mondéjar.

El carbón se utilizaba en los hogares mayoritariamente para la cocina en los anafres⁸ que eran hornillos de metal o barro que contenían las brasas y sobre los cuales se colocaba la olla o puchero. Además del carbón, también se vendía picón y cisco⁹ para los braseros metálicos utilizados como medio de calefacción en los hogares, sobre todo en los días más fríos del invierno. El brasero se colocaba normalmente debajo de una mesa de camilla en el interior de la casa. Con entrañable cariño lo recordaba el escritor Adolfo Hernández en su libro *Alcantarilla, al otro lado del tiempo*:

Casi todo el vecindario, para tomarle el pulso a las frías calles invernales y antes de sumergirse en la monotonía de la noche, en infinidad de patios y calles de nuestro pueblo, se preparaban los braseros, una especie de artillugio metálico, parecido a la celda, pero invertida que se colocaba Don Quijote sobre su alocada cabeza en sus correrías por las tierras manchegas. Prendían fuego a unas ramas o tablas de madera en su interior y la lumbre se encargaba de

⁸ El anafre o anafe tiene un uso muy antiguo. Su principal característica es su uso móvil o transportable.

⁹ El cisco de carbón, carbonilla, tierra de carbón o grancilla es la parte más menuda del carbón, prácticamente polvo de carbón utilizado como calefactor.

convertirlos en brasas, que bien aireadas con un cartón, soltaban chispas a diestro y siniestro. Tras la ceremonia del encendido a las ascuas se les añadía «picón», un carbón muy menudo, hecho con ramas de encinas, de jaras o de pinos, que ardía muy lentamente. Se cubría con una fina capa de ceniza, del brasero del día anterior para que tardara más tiempo en agotarse y misión cumplida. Puesto en marcha el brasero entonces la «mesa camilla» era testigo de un mundo entero de ideas y conversaciones... (2009, pp.149-150).

Fueron años prósperos que permitieron a la familia, aún con esfuerzo y mucho sacrificio, ganarse la vida y echar raíces en un pueblo que los acogió con cariño.

Sin embargo, poco a poco, el uso del carbón como combustible para cocinar fue sustituyéndose primero por el petróleo empleado en pequeñas cocinas muy rudimentarias y después, por el gas butano, que comenzó a aparecer como una nueva fuente de energía eficiente y barata, todo un símbolo de modernidad en los hogares españoles, sobre todo a partir de la introducción de las nuevas cocinas que de forma progresiva, a partir ya de 1960, fueron generalizando su uso. Precisamente fue un murciano, el cartagenero José Álvarez Sánchez, el fundador de la antigua y ya desaparecida Factoría de Butanos, creada en 1957 en Cartagena. El objetivo era surtir de energía barata a los españoles en unos años en que los aires de progreso empezaban a llegar desde el extranjero. La famosa bombona de gas, que era como se almacenaba el combustible, se pintó de naranja precisamente porque pensaron que así debía ser la botella de butano en un país y en una región muy identificada con las naranjas. Su comercialización fue un auténtico boom aprovechando en un inicio la red de distribución de Campsa y Repsol para distribuir las primeras bombonas¹⁰. Este hecho supuso un claro impacto para el pequeño negocio familiar de la carbonería.

El propietario de la vivienda vendió entonces el patio trasero de la casa, aunque mantuvo la parte delantera y el almacén donde la familia además del carbón empezó a trabajar, rememorando otro de sus oficios, en la fabricación de cestas y sillones de mimbre que vendían a los vecinos de la localidad y pueblos próximos. Fueron años muy duros; la venta del carbón era insuficiente para mantener a la familia, las hermanas mayores María, Carmen y Lola se ocupaban en las fábricas de conservas (Hero, Cobarro y H. Pagán-La Esencia, respectivamente) y los hijos debieron salir del pueblo buscando otras opciones y alternativas.

Manuel Salvador, con tan solo 15 años se trasladó a Benidorm donde su tío Emilio trabajaba también como comerciante de carbón, aunque especializado en el mineral procedente de las minas de Teruel. Pasó varios años allí, con mucho trabajo, en la venta del carbón, transporte..., todo lo que iba saliendo,

¹⁰ Escombreras en Cartagena acogería el primer centro de llenado de botellas, que empezará a hacer llegar bombonas a Madrid y Valencia.

La carbonería de la calle Cruz cerró sus puertas pues los abuelos y los hijos más pequeños se trasladaron también a la que empezaba a convertirse en la ciudad vertical del Mediterráneo. Benidorm ofrecía entonces muchas posibilidades y con gran abnegación, voluntad y empeño, Manuel Salvador, con el apoyo de sus padres y hermanos, supo aprovecharlas para conseguir abrirse un camino en la constitución de su propio negocio de carbón (Figura 8).



Figura 8. Manuel Salvador junto a su primera furgoneta DKW con la que repartía el carbón en Benidorm (Alicante), hacia 1970. Fuente: Archivo familia Cerdá Mondéjar.

Corría el año 1971; la idea de regresar a vivir a Murcia, concretamente a Alcantarilla y reunir de nuevo a toda la familia, se mantenía muy viva. La casa de la calle Cruz, todavía alquilada, estaba cerrada. Los viajes de Manuel Salvador a Murcia eran frecuentes, tanto por trabajo, como por razones de peso mayor: la novia. Durante esos años, otro de los hijos, José Bernardino, se inicia también en el negocio del carbón, que alcanzaba cierto éxito debido a la generalización cada vez mayor de la cocina al aire libre y la influencia de los alimentos a la parrilla. En 1974, con algo de dinero ya ahorrado y también algo prestado, se compró el almacén de la calle Cruz y la casa anexa, en este caso el número 45, que es el que se corresponde con la vivienda actual. En 1975 solicitaban permiso al Ayuntamiento para hacer obras en el almacén y vivienda construida de dos plantas. Nuevamente la carbonería iniciaba su andadura.

Una nueva época para la carbonería de la calle Cruz

La venta ahora es algo diferente; el carbón se almacena y son los vecinos del pueblo los que acuden a comprarlo. El uso ha variado, la barbacoa se impone como nuevo estilo de cocina más recreativa y dinámica, hay nuevos clientes, bares

y restaurantes que encienden sus fogones como invitación a unos tiempos más abiertos.

La democracia que surgió a finales de los años setenta era solo uno de los resultados posibles, y hoy sabemos que fue positivo (Casanova, 2017); trajo libertades amplias y la condición de ciudadanos integrados en la moderna Europa. También en España, como había pasado en una parte de Europa y Norteamérica, el nuevo sistema político se asoció con el triunfo del capitalismo, como sistema económico imperante pero también como nueva formación social que instauraba unos nuevos estilos de vida, de tiempos, de ocio, de trabajo, de relaciones, nuevos valores de consumo y un nuevo pensamiento. Igualmente, la democracia conllevó el firme compromiso de extender a través del Estado del Bienestar, los servicios sociales a la mayoría de los ciudadanos. Superar el atraso español en equipamientos colectivos, infraestructuras y sistemas educativos y de asistencia fue uno de los grandes desafíos durante el último cuarto de siglo. La distribución más equitativa de la renta, conformando las nuevas clases medias, el drástico descenso del analfabetismo, la escolarización generalizada hasta los dieciséis años y la creciente cualificación profesional, eran indicios incontestables de que la modernización avanzaba en el país. Y dichos progresos se dejaban sentir en el día a día y de forma extensible y gradual en todos los rincones del país.

El carbón se empezó a vender envasado, en sacos de 10 y 20 kilos, que se repartían a ferreterías, bares y restaurantes. También en bolsas para uso doméstico, primero de 4 kilos y posteriormente de 3 kilos con la marca «Carbones Cerdá». Todavía también el picón y el cisco se seguían comercializando en la carbonería para los braseros, pero su uso era muy reducido.

Poco a poco el negocio iba creciendo. La carbonería de la calle Cruz se vuelve más popular; llegan a comprar los vecinos del pueblo y de zonas próximas, sobre todo en Navidad para las tradicionales fiestas y en verano, cuando la cocina al aire libre es más frecuentada. Se impone entonces la necesidad de ampliar el almacenamiento del carbón; además, envasar el carbón y trabajar con grandes cantidades generaba mucho polvo que suponía un importante problema para un negocio de este tipo instalado en un medio urbano. Ello, unido al hecho de invertir en maquinaria que facilitase las labores de envasado, determina el traslado a un espacio próximo pero fuera ya del entorno municipal: Cañada Hermosa, pedanía del municipio de Murcia.

Casi al mismo tiempo y exclusivamente para el almacenaje, se adquiere un nuevo y amplio solar en otra calle cercana del municipio de Alcantarilla, la calle Alcalde Juan Antonio López Martínez. Su trayectoria como espacio de almacén fue, sin embargo, más breve.

En Cañada Hermosa, primero en una antigua posada que se habilita como almacén y después en una extensa parcela donde se construyen las naves y almacenes

actuales, se inicia el despegue de lo que será el negocio del carbón en Murcia, con orígenes en la pequeña carbonería de la calle Cruz. «Carbones Cerdá» se nomina como nueva marca «Carbones de Murcia»; Enrique Vicente Cerdá Mondéjar y M^a Antonia Cerdá Mondéjar asumen la responsabilidad del trabajo. Su trayectoria se dedica especialmente al envasado y distribución del carbón vegetal a nivel nacional para hostelería y cadenas de supermercados (Figura 9).



Figura 9. Vista aérea de las instalaciones de almacenes de carbón en la autovía Mula-Caravaca, calle Carbonería, en Cañada Hermosa (Murcia). Fuente: Archivo familia Cerdá Mondéjar.

Conclusión

El carbón como recurso, el oficio ancestral del carbonero y el negocio de la carbonería de la calle Cruz establecida en el pueblo de Alcantarilla, contribuyeron sin duda, de forma singular, a mediar en el intercambio económico de un producto básico para las fechas que aquí se refieren, que de otra manera hubiera resultado más complicado poder conseguir en pequeñas cantidades destinadas al uso doméstico. Además, su significación como sustento económico de la familia Cerdá Garrido primero y Cerdá Mondéjar después, no fue menos relevante, consolidando un negocio que aún continúa su actividad comercial. A la gran capacidad de trabajo de la familia fundadora del negocio, se unía su reconocido esfuerzo, sacrificio y ánimo por sacar adelante un oficio tan duro como fundamental. Por su propia condición, este tipo de comercios se constituyeron como verdaderos oficios de servicio público, y el estudio de su evolución histórica refleja de forma clara los cambios sociales, económicos, políticos y culturales que experimentaba el país durante el pasado siglo XX.

Tras más de cincuenta años desde el inicio de la actividad empresarial de la firma «Carbones Cerdá» hoy «Carbones de Murcia», el futuro no está escrito. Como tampoco el de tantos otros negocios cincuentenarios o no, de Alcantarilla, Murcia, o de cualquier otra provincia de aquí o allá, auténticos testigos de la función pública y social que el comercio tradicional ha proyectado como parte constitutiva del alma de un pueblo y sus vecinos.

cmcm@um.es

Referencias y fuentes bibliográficas

Archivo Histórico Municipal de Alcantarilla (AHMA):

- Registro de matrícula de la contribución industrial del año 1950, C-2319, E-15.
- Registro de matrícula de la contribución industrial del año 1951, C-2319, E-6.
- Registro de matrícula de la actividad industrial años 1953-1955.
- Registro de matrícula de la contribución industrial del año 1960, C-2380, E-9.
- Libro de matrícula de contribución industrial 1960, C-542, E-34
- Revista de Semana Santa del año 1955.
- Revista de Semana Santa del año 1957.

Archivo fotográfico familia Cerdá Garrido.

Archivo fotográfico familia Cerdá Mondéjar.

Entrevistas orales Isabel Cerdá Garrido y Manuel Salvador Cerdá Garrido (2024).

Casanova, J. (2017, 22 de noviembre). El valor de la democracia. *Infolibre*.

Cascales López, P. L. (2011) *Alcantarilla entre el cielo y la tierra 1963-2002*. Edición propia. Disponible en <https://issuu.com/plcascales/docs/alcantarilla-entre-el-cielo-y-la-tierra-1963-2002>

Cascales López, P. L. (2019, 16 de abril). La industria conservera en Alcantarilla. Historias de la Villa de Alcantarilla-Murcia. Consultado el 06 de junio de 2024. <https://historiasdealcantarilla-murcia.blogspot.com/2019/04/>

Hernández, A. (2009). *Alcantarilla, al otro lado del tiempo*. Edición propia.

Kollmann, F. (1959). *Tecnología de la madera y sus aplicaciones*. Madrid: Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias.

Labat, C. (2004). *Olentzero: le charbonnier qui ranime les braises du Soleil*. Bayona: Elkar.

López Sánchez, M. y Griñán Montealegre, M. (2004). El patrimonio artístico, cultural y paisajístico en el casco antiguo de Alcantarilla. Un estado de la cuestión. *Imafronte* (16), 177-194. <https://revistas.um.es/imafronte/article/view/37481>

Marcos Martín, F. (1989), *El carbón vegetal. Propiedades y obtención*. Madrid: Ed. Mundi-Prensa.

Marín Mateos, J. A. (2015), Oficios olvidados en nuestra Región, *Cangilón (34)*, 136-142.

Martí Cebrián, J. A. (2013, 5 de noviembre). Oficios Perdidos: Los antiguos Carboneros. *Petreraldía. El diario digital del Valle del Vinalopó*. Disponible en <https://petreraldia.com/documentos-del-ayer/oficios-perdidos-los-antiguos-carboneros.html>

Menéndez Díaz, J. Á. (2012). *El carbón en la vida cotidiana. De la pintura rupestre al ascensor espacial*, España.

Riquelme Marín, J. y Cánovas Orcajada, J. (2019, 17 de mayo). Antiguos oficios en Alcantarilla I, Historias de la Villa de Alcantarilla-Murcia, Consultado el 29 de mayo de 2024, <https://historiasdealcantarilla-murcia.blogspot.com/2019/05/antiguos-oficios-en-alcantarilla.html>

Sánchez Riquelme, F. (2022). Historia de la industria en Alcantarilla. En F. J. Barquero Caballero; J. Baños Serrano; J. Cánovas Mulero (coords.) *XV Congreso de los Cronistas Oficiales de la Región de Murcia: El proceso de industrialización en la Región de Murcia*, pp. 273-278.

Viñao Frago, A. (2004). *Escuela para todos Educación y modernidad en la España de siglo XX*. Madrid: Marcial Pons Historia.

¡MIRA AL PAJARITO! EL PRIMER GABINETE DE FOTOGRAFÍA EN MULA (1886-1925)

Juan Fernández del Toro

Arquitecto Técnico

Resumen: En 1839, Daguerre dio inicio a la fotografía como negocio a través de su invento, el daguerrotipo, con el que consiguió fijar los retratos. Sin embargo, no sería hasta las décadas de 1870 y 80 cuando los gabinetes fotográficos proliferaron por España. En ese contexto, José Gil Candel abrió su estudio de fotografía en la villa de Mula hacia 1886. Durante décadas, el fotógrafo mantendrá el monopolio del negocio, interrumpido solo en contadas ocasiones con la llegada de profesionales itinerantes. Durante sus años en el ejercicio de la fotografía dejó infinidad de retratos de los muleños e instantáneas de distintos rincones de la ciudad o eventos celebrados en la misma.

El estudio, heredado por los hijos de José, tocaría a su fin en los años cuarenta, cuando Francisco, el pequeño de la familia y entonces regente del gabinete, cerró el negocio y marchó a Madrid junto a su familia.

Palabras clave: fotografía, retrato gabinete, fotógrafo, estudio fotográfico, Mula.

Abstract: In 1839, Daguerre began photography as a business through his invention, the daguerreotype, with which he was able to capture portraits. However, it would not be until the 1870s and 80s when photographic studios proliferated throughout Spain. In this context, José Gil Candel opened his photography studio in the town of Mula around 1886. For decades, the photographer would maintain a monopoly on the business, interrupted only on rare occasions with the arrival of itinerant professionals. During his years in photography, he left countless portraits of the people of Muleño and snapshots of different corners of the city or events held there. The studio, inherited by José's children, would come to an end in the 1940s, when Francisco, the youngest of the family and then regent of the cabinet, closed the business and went to Madrid with his family.

Keywords: photography, portrait, cabinet, photographer, photo studio, Mula.

Introducción

El 27 de enero de 1839, el *Semanario Pintoresco Español* daba a conocer en España el descubrimiento del francés Louis Daguerre: el daguerrotipo. Aquel invento consistió en un decisivo avance para la fotografía, pues consiguió fijar la imagen y que esta perdurase en el tiempo. Sin embargo, sería el calotipo o talbotipo, desarrollado por Henry Fox Talbot en 1841, el invento que permitiría una mayor expansión de la fotografía, tanto por economizar su producción como por la mayor duración de los retratos¹ (Fontanella, 1981).

En la década de 1860, la profesión de la fotografía experimentó un cambio sustancial con una nueva generación de fotógrafos que establecieron estudios fijos,

¹ El daguerrotipo se hacía sobre planchas metálicas que debían encapsularse en estuches tras la realización de la fotografía para evitar su oxidación. Además, se trataba de instantáneas directamente tomadas en positivo, por lo que no permitían su reproducción. Sin embargo, el talbotipo o calotipo consistía en una toma fotográfica en papel, lo que abarataba el producto, y, además, en negativo, dejando la posibilidad de obtener diversos positivos. Este nuevo proceso fotográfico no requería de su encapsulamiento para que la imagen no se perdiese.